

Se presentó despues la jóven Elmira, en su frente se veía el mas vivo dolor; gemia baxo la tiranía de un esposo viejo, zvaro y zeloso; todo el pueblo se interesaba por ella, pues su bárbaro padre habia apretado por fuerza los crueles nudos. Amaba en secreto al jóven Damon, y era correspondida. Su seno, que animaba la juventud, palpitaba de temor al ver el antejo profético; le tomó con mano trémula. Temía leer en él su eterna desdicha! El amor y la esperanza la animáron á la primera mirada, y gritó diciendo: ¡O gran Xuijoto, qué bueno eres! ¿Cuál era la causa de este grito de alegría? Veía el entierro del viejo, que lentamente se dirigia hácia el templo, en el que quatro meses despues no lejos de la sepultura de su tirano recibia al pie del altar la mano de su amante, que apretaba con absoluta libertad, coronando de este modo sus deseos y constancia. Esta imágen, que sola ella veía, la hechizó de manera que abrazó al septuagenario, que estaba á su lado, con los mismos transportes de alegría que si abrazase al mismo Damon, y el gotoso se admira de tan tiernas caricias. Tavo luego Elmira la indiscreta curiosidad de mirar el cristal opuesto, y vió á su tierno Damon convertido en tirano mas duro é inflexible que el primero; sus zelos eran terribles, y se veía precisada á huir á un convento para ocultarse á sus rigores. El rostro de Elmira se cubió de palidez, y el antejo fatal se le cayó de la mano.

Se concluirá.

A una Rosa.

ANACREONTICA.

O reyna de las flores,
de los ojos delicia,
y que á un tiempo regalas
el olfato y la vista:
tú que feliz naciste
cuidada y protegida
por las manos nevadas
de una graciosa niña,

que bondosas regaban
el tiesto do crecias:
dime, ¿tomaste acaso
esa color divina
ó de sus frescos labios,
ó bien de sus mexillas?
Del perfume que exhala
la fragancia exquisita,

